

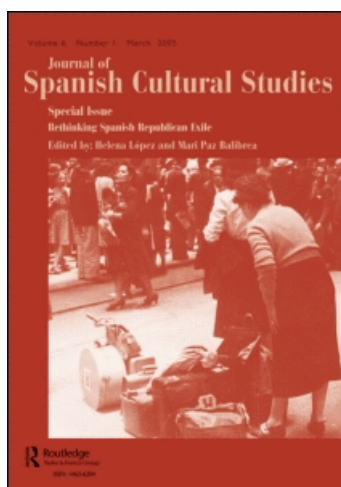
This article was downloaded by: [The University of Manchester]

On: 15 December 2008

Access details: Access Details: [subscription number 773564139]

Publisher Routledge

Informa Ltd Registered in England and Wales Registered Number: 1072954 Registered office: Mortimer House, 37-41 Mortimer Street, London W1T 3JH, UK



Journal of Spanish Cultural Studies

Publication details, including instructions for authors and subscription information:

<http://www.informaworld.com/smpp/title-content=t713436003>

MADRID "EN CONSTRUCCIÓN": POLIS Y APOCALIPSIS EN LA SOCIEDAD HIPOTECARIA

Alberto Corsín Jiménez

Online Publication Date: 01 November 2008

To cite this Article Jiménez, Alberto Corsín(2008)'MADRID "EN CONSTRUCCIÓN": POLIS Y APOCALIPSIS EN LA SOCIEDAD HIPOTECARIA',Journal of Spanish Cultural Studies,9:3,321 — 340

To link to this Article: DOI: 10.1080/14636200802517234

URL: <http://dx.doi.org/10.1080/14636200802517234>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

Full terms and conditions of use: <http://www.informaworld.com/terms-and-conditions-of-access.pdf>

This article may be used for research, teaching and private study purposes. Any substantial or systematic reproduction, re-distribution, re-selling, loan or sub-licensing, systematic supply or distribution in any form to anyone is expressly forbidden.

The publisher does not give any warranty express or implied or make any representation that the contents will be complete or accurate or up to date. The accuracy of any instructions, formulae and drug doses should be independently verified with primary sources. The publisher shall not be liable for any loss, actions, claims, proceedings, demand or costs or damages whatsoever or howsoever caused arising directly or indirectly in connection with or arising out of the use of this material.

Alberto Corsín Jiménez

MADRID “EN CONSTRUCCIÓN”: POLIS Y APOCALIPSIS EN LA SOCIEDAD HIPOTECARIA

Lunes, 3 de julio de 2006

Regreso de almorzar con Jorge. A unos cincuenta metros de casa, a la altura de la Calle del Pez con la Corredera Baja de San Pablo, escucho unos gritos lejanos. El griterío se hace más nítido a medida que avanzo. Alzo la mirada y a lo lejos veo a un hombre, con los brazos al aire, agitándolos cual molino de viento. Avanza en espirales, girándose y dirigiendo sus voces a todo aquél que pasa frente a él. Me detengo a observar. El hombre, mayor, cercano tal vez a los setenta, vestido con camisa azul claro de verano y pantalones beige, se enciende con cada transeúnte que pasa a su lado: “¡Viva la República! ¡Viva España! ¡Hijos de puta, cobardes! ¿Cómo podéis vivir en esta España de mierda, pagando impuestos a esta mierda de democracia? ¡Cobardes! Vendidos por vuestra mierdas de pisos . . .! ¡Hijos de puta! ¡¡Viva la República!!”

Jueves, 10 de agosto de 2006

Anoche [jueves] quedé a cenar con Juan, Ricardo, Henri y Carlos. Cenamos en un sitio en La Latina; comida tradicional con un toque moderno. Juan se une a nosotros tarde, en el segundo plato, recién llegado de un viaje a La Rioja, donde ha tenido una reunión de trabajo con varios bancos. Nos habla del mercado hipotecario, de la fragilidad de la economía española, con uno de los mayores déficits de crédito familiar en Europa: “La banca nos tiene cogidos de los huevos. Una subida de los tipos de interés y nos vamos todos a la mierda. Está media España con el agua al cuello.” “No termino de entender”, apunta Henri, “esa obsesión de los españoles [Henri es francés afincado en Madrid] por comprarse una casa. ¿Por qué es tan importante tener una vivienda propia?”

Miércoles, 11 de octubre de 2006

Mercedes: ¿A ti te parece normal todo esto, Alberto? ¿Estas cosas pasan en Inglaterra? Porque a mi me parece un pitorreo. Un director general de urbanismo de una Comunidad Autónoma da un pelotazo [ingresando cuantiosas

sumas de dinero gracias a la corrupción] de cuatro millones de euros y, ala, como si no hubiera pasado nada. ¿Tú que piensas de todo esto como antropólogo?, a ver si es que me estoy perdiendo algo.

Este artículo versa sobre los modos en que un grupo de jóvenes profesionales residentes en Madrid se representan el funcionamiento de la economía política y la convivencia democrática a través de la imaginación de la ciudad (*polis*) como escenario inmobiliario e hipotecario. Tal escenario define y da forma a la ciudad como proceso político “en construcción”, que se auto-genera precisamente por no estar todavía terminado, por habitar una suerte de límite o apocalipsis democrático. Qué significa habitar este espacio apocalíptico, y qué rasgos le atribuyen mis informadores, es lo que el artículo intenta explicar.

El artículo intenta dar forma a lo que en otro contexto he llamado las “escalas del cambio” que alimentan la imaginación de la urbe como escenario político (Corsín Jiménez). Pero más que un ejercicio de geografía política (cf. Herod and Wright; McCann), lo que aquí intento es bosquejar el imaginario político-antropológico que ayuda a pensar la ciudad como proyecto de convivencia democrática. Dicho en otras palabras, el artículo intenta entender la composición y el funcionamiento de una dimensión de la opinión pública española, entendida en su concepción habermasiana (Habermas), como momento y configuración de la reflexión colectiva en torno a la política: ¿qué papel juega la ciudad como escenario de la imaginación democrática en el contexto político de Madrid? ¿Qué significa para la *polis* que sus habitantes la conciban desde supuestos hipotecarios?

Lo que sigue es un intento por dar respuesta, aunque sea parcial, a estas preguntas. Para ello, recorro a apuntes y viñetas etnográficas, escritos todos ellos durante mi tiempo de estancia en Madrid: a la fecha, desde marzo del 2006 a julio del 2007. Mis informadores forman parte de una generación de jóvenes profesionales, de entre 30 y 40 años, en su mayor parte licenciados universitarios, muchos de ellos con experiencias de trabajo y/o estudios en el extranjero. Algunas de estas personas son amigos de mi adolescencia y etapa universitaria en Madrid. Conozco, por tanto, muy de cerca sus trayectorias vitales y me atrevo a decir que entiendo con cierta profundidad sus opciones políticas y de vida. Más adelante, en las descripciones etnográficas de situaciones concretas, encontrará el lector bosquejos biográficos y sociales sobre mis informadores.

La etnografía, sobre la que volveremos luego, se conglera en torno a cuatro temas: conspiraciones, historicismo, corporativismo político y vivienda. Éstos son los temas que, en distintos momentos y con distintas intensidades, han dominado la reflexión política de mis amistades e informadores en el tiempo que llevo en Madrid. Para mi asombro, el tema de la vivienda, que ha sido con diferencia el que más ha ocupado nuestras conversaciones, juega a menudo, en la etnografía, un papel de comodín: los cambios de registro, las explicaciones—sobre tal o cual actitud o manifestación política o social—o los momentos de reflexión y concienciación política, suelen usar el tema de la vivienda para articular o justificar un giro argumentativo. En este sentido, podríamos decir que la vertebración de la sensibilidad política de mis informadores obtiene su principal punto de apoyo en una suerte de institución imaginaria de la democracia como sociedad hipotecaria. El artículo, por tanto, aspira a desentrañar lo que significa para la teoría y el pensamiento político

contemporáneos que una sociedad democrática se piense a sí misma desde supuestos inmuebles.

El artículo tiene tres partes. Empiezo con una etnografía sobre el proceso de compraventa de una vivienda para describir el encuentro de una pareja de jóvenes con la economía política y jurídica de la sociedad inmobiliaria. Tres son las categorías que definen este encuentro: aceleración, apocalipsis y conspiración.

En la segunda parte del artículo aprovecho de examinar lo que otros autores han dicho sobre el modo de pensamiento conspirativo, y en particular lo que esta forma de imaginación institucional contribuye a la hora de entender cómo el ciudadano de a pie da razón de la economía política que le rodea. En la literatura política actual, tal encuentro, entre la experiencia cotidiana y la economía política, recibe a veces el nombre de apocalipsis, atendiendo a la etimología griega de la palabra, que se usa para describir aquello que se nos aparece en un momento terminal y radicalizado, cuando la razón no da más de sí. El apocalipsis es la figura que la razón asume cuando se la lleva a su propio límite (cf. Trias *La razón fronteriza*).

La tercera y última parte presenta la mayor parte del material etnográfico. Aquí nos encontramos con una reflexión historicista de la política como praxis conspirativa, que atraviesa la vida cotidiana y da forma a una concepción de la geografía política de la ciudad como proyecto hipotecario "en construcción".

Aceleración, apocalipsis y conspiración

Aceleración

El año 2002 marca un punto de inflexión histórico en la reciente evolución del sector inmobiliario en Madrid. Aquel año el número de viviendas iniciadas en la comunidad crece un 20%, frente al *descenso* del 4% del año anterior. En consonancia con ese giro, el año 2003 marca "un record histórico . . . con casi 80,000 viviendas visadas [iniciadas] ese año", respecto las 72,000 del año 2002 y las 59,000 del 2001 (Asprima, *Informe de coyuntura* 20). Se consolida así la caracterización de la economía del sector como "burbuja inmobiliaria", cuya aceleración es imparable y desafía los paradigmas estructurales de la economía nacional.

Frente a tal escenario, los análisis económicos fundamentales contextualizan la bonanza inmobiliaria en términos de productividad; en especial, la llegada de mano de obra inmigrante que permite al sector ampliar sus márgenes sin incrementar sus capacidades productivas (Asprima, *Nuevos paradigmas* 8). Pero a ello se suma también el vínculo estructural que se establece entre el sector inmobiliario y las entidades financieras. Más de la mitad (el 56%) de todos los créditos aprobados por la banca en el año 2006 son destinados al sector inmobiliario (ibid., *Nuevos paradigmas* 10). Especialmente significativo en este sentido es la propensión a la financiación a tipos variables del mercado hipotecario español: aproximadamente "un 97% del saldo vivo de la deuda hipotecaria de las familias españolas con deuda están financiadas a tipo variable, siendo ésta la tasa más alta de Europa." (ibid., *Nuevos paradigmas* 10) En el caso de la Comunidad de Madrid, a los factores estructurales de la economía nacional se añaden dos condiciones particulares: el crecimiento de la población madrileña, que en 2003 experimenta un crecimiento superior al crecimiento medio de los últimos

cinco años, con un consiguiente aumento en la presión de la demanda (Fernández and de Mesa); y en segundo lugar, el atractivo que los activos inmobiliarios de Madrid presentan para los capitales que viajan evitando las crisis de los mercados bursátiles (Galindo Cueva).

La etnografía, como veremos, da fe de la práctica totalidad de los elementos coyunturales de la economía inmobiliaria madrileña. El desafío, no obstante, se presenta a la hora de leer la presencia de tales elementos, y otros de tipo geopolítico, en lo que Nigel Thrift ha llamado “las pequeñas cosas” (Thrift).

Un ejemplo de ello es el proceso de compra de una vivienda que vivieron Antonio y Silvia, a quienes acompañé durante su periplo inmobiliario de septiembre del 2006 a febrero del 2007. Antonio y Silvia se conocieron en Inglaterra, donde Antonio reside y trabaja como escritor “freelance”, y dónde él y yo nos hicimos amigos. Silvia, por su parte, es ingeniera industrial. Antonio tiene 34 años y Silvia 32. Al año de estar juntos, Antonio se vino una temporada a Madrid, aprovechando la relativa flexibilidad que le ofrece su trabajo. Por aquellas fechas Silvia estaba buscando piso para comprar en la capital. Había abierto una “cuenta vivienda” hacía cuatro años y las ventajas fiscales que van asociadas a ese tipo de cuenta expiraban al término del cuarto año. A falta de cinco meses para que expirara la cuenta, decidieron buscar conjuntamente. Antonio no había pensado jamás en comprarse una casa en Madrid, pero razonó que si encontraban algo que les gustaba a los dos, podrían comprar algo mejor que si Silvia afrontaba la inversión por su cuenta.

Buscaban un piso en el centro de Madrid. Silvia tenía compañeros de trabajo viviendo en el barrio de Noviciado y la zona les gustaba. Ampliaron la búsqueda para incluir los distritos de Palacio y Embajadores. Buscaron pisos por Internet y “pateándose” las calles. Tenían, en principio, las ideas bastante claras: un piso luminoso, con ascensor, de dos habitaciones como mínimo. Habían echado cuentas y los números les constreñían la búsqueda. Sabían que no iban a poder permitirse un piso mayor de 80 m², salvo que el piso requiriese una inversión muy fuerte para reformarlo. Su límite presupuestario eran los 360,000 euros, y sabían que tal cantidad sólo iban a poder pagarla a 30 o 35 años, endeudándose al 35% de sus ingresos conjuntos mensuales. Antonio, que no conocía bien el mercado inmobiliario español, estaba un poco temeroso. Decía que no dejaba de oír hablar acerca del fin de la “burbuja”, del impacto que causaría sobre las economías hipotecarias una subida de tipos de interés, de la inevitable depreciación del mercado. Silvia, más optimista, decía que lo mismo se venía diciendo desde hacía quince años, y los pisos seguían subiendo, quizás no al ritmo de antes, pero todavía un 9 o un 10 o incluso un 12%, una rentabilidad muy superior a la que ofrecían las cuentas de ahorro bancarias. Además, Silvia era de la opinión de que un buen piso en Madrid siempre se cotizaría.

Les acompañé a ver varias viviendas y sus reacciones fueron en casi todos los casos las mismas. Antonio y Silvia salían de las visitas decepcionados. Las viviendas rehabilitadas que les gustaban eran todas muy pequeñas. No tenía sentido gastarse 64 millones de pesetas (Antonio seguía pensando en pesetas) en un piso de 40 m². Con las viviendas de segunda mano, por otro lado, no resultaba fácil hacerse a la idea. Algunas estaban decoradas de modo tal que costaba imaginarse en ellas: imaginar otros muebles, otras distribuciones, otros hábitos de vida. Otras estaban muy deterioradas, y aunque habían contemplado la posibilidad de entrar a reformar un piso, tenían no

llegar a disfrutar de él el suficiente tiempo, ya que tarde o temprano Antonio iba a tener que regresar a Inglaterra para que su volumen de trabajo repuntara.

A principios de noviembre del 2007 Silvia concertó una cita con una agencia inmobiliaria para ver una promoción de viviendas rehabilitadas en el centro de Madrid que había encontrado por Internet. Al llegar al inmueble les estaba esperando el agente inmobiliario y la comercial de ventas de la promotora. "Nada mas entrar en el piso," me dijo Antonio más tarde, "supe que si había un piso que podíamos comprar, era éste." La vivienda, un cuarto piso con dos balcones a una plaza, les gustó mucho, sobre todo a Antonio. La comercial, que lo intuyó, les insistió durante toda la visita que el piso había sido señalado por una persona de Valencia que, finalmente, no pudo conseguir financiación hipotecaria para comprometer la compra. "Tenía que vender una casa que tenía en Valencia para poder comprar ésta", nos dijo la comercial, "pero al final no debió de salir la venta porque se echó para atrás." No obstante, había otro comprador muy interesado: "un amigo del vecino del primero, la misma escalera que vosotros. Conoce ya la casa a través de su amigo. Ha estado varias veces y hemos quedado con él este domingo. Viene decidido, pues sabe a lo que viene." La comercial alimentó el interés de Antonio y Silvia: la promotora tenía ya abierta una hipoteca para todo el inmueble con una Caja de Ahorros; lo único necesario, por tanto, era subrogar la hipoteca, a un coste muy inferior de lo que supone la apertura de un nuevo acto jurídico documentado. Además, la Caja de Ahorros había acordado garantizar el 100% de la financiación; bastaba con un depósito inicial de 6000 euros. Y una vez señalado contaban con 3 meses para tramitar la hipoteca. Por último, la comercial confirmó que aunque el inmueble no tenía plaza de garaje, la inmobiliaria estaba vendiendo otro edificio a unas calles de éste y podían asegurarles plaza allí.

Antonio salió entusiasmado de la visita. "¡Éste es el piso que buscábamos! ¡Éste!", decía. Silvia, por su parte, estaba un poco nerviosa. El piso le había gustado, sí, pero el entusiasmo de Antonio le arrastraba. Me preguntaban constantemente: ¿qué te ha parecido?, ¿qué piensas?, ¿es una locura? Decidimos ir a comer a un bar cercano para hablar y sopesar con tranquilidad las opciones. Estábamos a jueves. La comercial nos había dicho que habíamos tenido muchísima suerte, y nos imprimió un sentido de prisa y urgencia: éste era el último piso con balcones a la plaza; se había señalado incluso, pero el comprador valenciano tuvo que retirarse en el último momento; y había otro comprador en ciernes, que iba a venir desde Bilbao para ver el piso, en realidad para comprarlo, pues conocía de sobra el inmueble.

Antonio y Silvia estaban excitados. ¿Qué hacer? Silvia sacó una libreta y empezó a echar cuentas. Modelaron varios escenarios: compramos el piso y nos vamos a vivir a Inglaterra; y lo alquilamos, ¿por cuánto podríamos alquilarlo?; Antonio va y viene de Inglaterra durante una temporada; ¿qué gastos tenemos?, ¿qué ingresos?; ¿qué pasaría si uno dejase de trabajar? ¿Y qué comunicaciones tiene el piso con el trabajo de Silvia? ¿Cuánto va a tardar en ir a trabajar? Y los tipos de interés, ¿qué pasa si suben los tipos de interés? ¿Cuánta subida podemos aguantar?

Todavía nervioso, Antonio llamó por teléfono a su padre desde el restaurante. Le describió el piso y detalló la situación financiera. Silvia hizo otro tanto con su madre. Al final, deciden concertar otra visita para esa tarde—el tiempo apremia—y le piden a los padres de Antonio, que viven en Madrid, que se vengán a ver el piso.

Por la tarde el piso les gusta igual que por la mañana. A los padres de Antonio también les gusta. Antonio y su padre quedan ambos prendados de las vistas que se

dan desde los balcones a la plaza. El piso, definitivamente, es el tipo de compra que andaban buscando. Llamen a la comercial de la promotora y se lo dicen: queremos señalar esta misma tarde; queremos comprar el piso. Silvia mira a Antonio. No se lo cree. Todo ha pasado tan rápido. En un día, en menos de un día.

Apocalipsis

Dice Reinhard Koselleck que el tiempo de la modernidad es un tiempo acelerado, heredero incluso del apocalipsis cristiano (Koselleck). En el imaginario apocalíptico de los cristianos antiguos, la revelación es anunciada por el acortamiento del tiempo, que presagia el fin del mundo. Se da así una “temporalización” de la espera y la expectativa (ibid. 46), temporalización que con los procesos de secularización de los siglos XVI a XVIII se “mundaniza” (ibid. 47), se traspone al ámbito de la intrahistoria y lo intramundano. En los términos del propio Koselleck: “La meta—antiguamente aguardada, esperada o temida en clave apocalíptica—de un fin del mundo que irrumpe en intervalos acortados se ha convertido, con la Ilustración, en un concepto de expectativa puramente intramundano.” (ibid. 59)

Hay un pasaje crucial en el texto de Koselleck en el que el autor describe cómo la razón apocalíptica se incrusta cada vez con mayor fuerza en la experiencia intramundana, cambiando sus términos de referencia (de momento revelatorio a experiencia y presagio de urgencia) pero afianzándose igual como herramienta de prognosis e imaginación social: “Es una constante de las predicciones apocalípticas el hecho de que puedan ser continuamente repetidas. Una profecía o expectativa apocalíptica incumplida siempre puede repetirse; incluso su probabilidad futura crece conforme se suceden las predicciones fallidas.” (ibid. 51)

Un caso ejemplar de la rítmica de prognosis y futurología que Koselleck dice caracterizar la mundanización de la subjetividad secular lo encontramos en la escenificación de sus futuros hipotecarios que Antonio y Silvia elaboraron para sí durante el proceso de compra de su piso. En modo análogo al seguido por los análisis económicos—financieros descritos arriba, Antonio y Silvia “temporalizaron” su presente descontando toda una suerte de escenarios hipotéticos (e hipotecarios) futuros: ¿qué pasaría si los precios bajaran, si los tipos de interés subieran, si los alquileres se encarecieran, etc.? ¿Si nos vamos a Inglaterra; si te vas tú; si alquilamos el piso? Y las variables que se encontraron para modelar tales escenarios venían todas “aceleradas” por la coyuntura: el piso seguía en venta de milagro; acechaban compradores por todas partes, dineros provenientes de otras ciudades (Valencia, Bilbao), puestos a aprovechar la bonanza inmobiliaria madrileña. La demanda, en suma, presionaba, y se hacía sentir desde lugares lejanos, llevada por razones y motivos que escapaban nuestra comprensión. Lo importante, por tanto, era saber si Antonio y Silvia podían comprarlo, si podían actuar ya, de inmediato, sin demora. Y para facilitarles la toma de decisión nada más fácil que un escenario financiero hecho a su medida: con gastos notariales mínimos (solamente habría que subrogar la hipoteca), con garantía de financiación al 100%, con un período de tramitación de la hipoteca desde el momento de señalización de tres meses. Todo era fácil, expedito, sin trabas ni complicaciones. Lo único que se hacía sentir era la presión y la urgencia. El mensaje era unívoco: si podéis y queréis no lo dejéis para más tarde. Ahora es el momento.

Conspiración

Lo cierto es que durante los tres meses que siguieron la señalización del piso las cosas no fueron ni tan fáciles ni tan sencillas como creyeron en un principio. Una vez empezaron a tramitar la hipoteca con la Caja de Ahorros descubrieron que casi todas las promesas que les hiciera la comercial eran falsas. Ni el 100% de la hipoteca estaba garantizado, ni existía la posibilidad de comprar una plaza de garaje en un edificio próximo, ni la señal iba acompañada de tres meses de plazo para la tramitación de la hipoteca. Por si fuera poco, al poco tiempo descubrieron que la comercial les había engañado con los metros cuadrados del piso, vendiéndoles como metros útiles y sobre el plano lo que en realidad eran metros construidos.

No había pasado ni una semana desde que entregaron la señal de 6000 euros que Antonio y Silvia solicitaron entrevistarse con el director comercial de la promotora para formalizar una protesta. La entrevista fue toda una sorpresa. El director comercial escuchó sus quejas, asintiendo. Expuestas éstas hizo una intervención muy breve: "Tenéis razón. Os han engañado. Pero la culpa no es mía, sino de esta señorita [apuntando a la comercial]. Demandadla a ella si queréis."

Antonio y Silvia salieron de la reunión estupefactos. No podían creer el modo en que la empresa descargaba sus responsabilidades sobre el empleado. Además, cuando Antonio le inquirió sobre ciertos desperfectos en la obra del edificio, el director comercial también eludió responsabilidades. Dijo que la promotora compró el edificio ya rehabilitado, y que la responsabilidad civil sobre la obra recaía en la constructora a quien la promotora compró el inmueble. Él podía intentar intermediar entre Antonio y Silvia y la constructora, podía "echarles una mano", presionar para que la constructora enviara una cuadrilla a reparar los desperfectos, pero no prometía nada.

Durante las semanas que siguieron a la reunión, y hasta la fecha de la firma del piso, Antonio y Silvia se vieron engullidos por el imaginario colectivo de una sociedad hipotecaria, que Antonio describió como "monstruo jurídico": "Nunca en mi vida", me dijo, "me he sentido tan desamparado. Me siento totalmente desprotegido. Es como si para poder existir como ciudadano necesitaras saber derecho."

A raíz de la entrevista con el director comercial, Antonio y Silvia comenzaron a preocuparse por entender las distintas relaciones jurídicas que les relacionaban con los distintos agentes inmobiliarios: la promotora, la constructora, la agencia que intermedió en la compra, la Caja de Ahorros, los tasadores. Entre las numerosas sorpresas que se llevaron, por ejemplo, cabe destacar la información que les proporcionó el director de la sucursal de la Caja de Ahorros donde tramitaron la hipoteca, quién les dijo que la subrogación efectiva de la vivienda—la figura jurídica a quien efectivamente le compraban la casa—no era ni la promotora ni la constructora sino una empresa que la promotora había constituido para el propósito explícito de vender las viviendas del inmueble en cuestión. Tan complejo llegó a parecerles a Antonio y Silvia el entramado de relaciones jurídicas involucradas en la compraventa que decidieron solicitar ayuda a la Asesoría Jurídica de la Oficina de la Vivienda de la Comunidad de Madrid. Los abogados de la oficina les aseguraron que aunque la situación podía parecerles compleja, sus derechos permanecerían protegidos siempre y cuando se cuidaran de relacionarse *jurídicamente* con los agentes inmobiliarios (con la promotora, la constructora, etc.); es decir, siempre y cuando formalizaran sus

encuentros y correspondencia con estos agentes mediante, por ejemplo, burofax o actas notariales. A partir de entonces, Antonio, Silvia y el padre de Antonio pasaron horas y horas en Internet, leyendo la legislación vigente, familiarizándose con el lenguaje, buscando puntos de referencia para poder robustecer su propia “razón jurídica” en este contexto.

La compraventa del piso se firmó finalmente tres meses después de la señalización. Antonio y Silvia siguieron el consejo de los abogados y formalizaron toda su correspondencia con la promotora y la constructora mediante burofax. De inmediato recibieron un tratamiento distinto. La constructora envió una cuadrilla para terminar de arreglar los desperfectos; y la promotora comenzó a intermediar a favor de Antonio y Silvia en su relación con la constructora. Pero la experiencia fue toda una lección de “derecho conspirativo”, en palabras de Antonio:

Te das cuenta que hay un mundo ahí fuera que no lo entiendes, que se organiza así mismo para que no lo entiendas. El director de la Caja es amigo del director comercial de la promotora; hablan de ti y de tu hipoteca a tus espaldas; te preguntas si a lo mejor no estarán haciendo tiempo para que pasados los tres meses ya no tengas oportunidad de tramitar la hipoteca con otro banco. Te ofrecen unas condiciones y, te gusten o no, si quieres el piso—¡y no quieres perder la señal!—tienes que aceptar los términos de la hipoteca que te ofrecen ellos. Tu capacidad de dar razón tiene un límite, choca contra una barrera de derecho conspirativo: un mundo externo a ti que habla un lenguaje que no dominas, que te supera, y que sientes que te deja completamente desprotegido: estás hablando de un montón de dinero, de tu dinero, y ves cómo otros pueden arrinconarte e inmovilizarte para hacer con él lo que quieran.

Lo que Antonio llama “derecho conspirativo”, el punto límite donde la razón choca contra su propia ininteligibilidad—en este caso un límite representado por la imaginación social del “derecho” como exceso interpretativo—es un ejemplo de lo que George Marcus ha llamado la “paranoia de la razón” (Marcus). En el modelo de Marcus, los términos paranoicos de la razón apuntan a la cotidianeidad, incluso el grado de sentido común, que la paranoia ha asumido al interior de la racionalidad contemporánea. La razón paranoica no es una razón “fuera de sí”, desencajada, sino una razón propia de nuestro tiempo histórico.

Nos encontramos, por tanto, con un nuevo tipo de espacio político y una nueva forma de subjetividad racional. El caso de Antonio y Silvia nos ha ofrecido un primer bosquejo de ello: de un lado, un espacio (o estado) de derecho definido por una política de la conspiración; de otro, una razón paranoica acelerada, al borde de su propia comprensión.

Polis y apocalipsis: democracia y conspiración

Ahora bien, ¿por qué esta obsesión por pensar la política desde la conspiración? ¿Qué papel juega el ideario apocalíptico en la nueva globalidad milenarista?

En cierto modo la razón paranoica y los análisis conspirativos son hijos de la mentalidad histórica de la guerra fría (Marcus 2). En un ensayo pionero ya clásico, escrito con los despropósitos del macarthysmo en mente, Richard Hofstadter observó que el estilo de pensamiento paranoico es esencialmente apocalíptico, se dirige todo él a agotar la explicación de la realidad (Hofstadter). Ambiciosa la explicación total: todo lo que no se acomoda a su modelo de raciocinio es materia fungible, exterminable. El pensamiento paranoico, por tanto, colma el espacio político; aísla a sus opositores, los arrincona y reduce, y finalmente, si puede, los aniquila.

En este sentido, las teorías conspirativas actúan como contrapunto de la teoría política de la democracia deliberativa clásica (Dean). Cara y cruz de un mismo modelo de pensamiento liberal, las teorías conspirativas reobran sobre la concepción habermasiana de la publicidad y ejercen presión sobre ella para revelar y despejar sus trastiendas secretas y sus espacios oscuros. Toda política, nos vienen a decir los que fabulan con conspiraciones, ha de ser pura transparencia.

En su expresividad última, sin embargo, el anhelo transparentista y revelatorio es, en rigor, un movimiento apocalíptico (*apo-kalyptein*, en su etimología griega originaria, "des-cubrimiento" o "des-velación"), cuyas implicaciones utópicas y proféticas para el pensamiento político han sido ejemplarmente expuestas por Malcolm Bull (Bull). A diferencia de los programas canónicos del socialismo utópico, cuyo apocalipsis anunciaba la consumación post-histórica del capitalismo, Bull demuestra que la verdadera virtud de la política apocalíptica reside en su auto-ocultamiento: en el reconocimiento de que toda existencia humana completa requiere, en última instancia, su propia dosis de intriga y de misterio.

Nos encontramos por tanto con una doble estructura del paradigma apocalíptico. Mientras que para Koselleck la importancia del imaginario apocalíptico radica en su impronta de aceleración, para Bull la lectura de sus consecuencias es esencialmente política. El momento de "revelación" del apocalipsis captura no tanto una *epoché* histórica, la llegada o culminación de un tiempo histórico, como el triunfo de una ideología, su asentamiento como pensamiento único. Por ello, Bull rechaza los supuestos transparentistas del liberalismo político. Porque la retórica de la transparencia conlleva ese momento de tiempo cero, de consumación histórica, donde todo se recoge sobre sí mismo, donde todo se desdobra y muestra sus interioridades. Recordemos, por ejemplo, cómo los programas liberales de Rawls o Habermas parten de una imaginación política apoyada toda ella sobre una epistemología pragmático-racional, cuya tendencia natural es, precisamente, la transparencia social (valga recordar el famoso "velo de ignorancia", punto de partida del edificio contractual de Rawls).

Mucho más substantiva, sin embargo—viene a sugerir Bull—es aquella moral que toma conciencia de sus propias tinieblas. Debemos reconocer que toda política opera en última instancia con y desde un *corpus* de sombras y misterios (cf. Trías *La política*). No reconocerlo, no reconocer que el desenvolvimiento mismo de la política presupone su propio, acompasado auto-ocultamiento, entraña un riesgo: dar por bueno un apocalipsis normativo incapaz de sancionar otra cosa que el modelo paranoico liberalista.

Más allá del milenarismo transparente del liberalismo necesitamos, pues, entender los distintos modos en que la economía política apocalíptica auto-oculta sus propias configuraciones: ¿qué formas asume la transparencia cuando expresa su propio

agotamiento apocalíptico: cuando alcanza su consumación histórica y su auto-justificación ideológica? ¿Qué es lo que la transparencia “transparenta” cuando nos la encontramos discursiva o normativamente?

En construcción

En la etnografía la ciudad abre sus venas para derrochar un torrente de políticas oscuras y sombras de poder. Lo que el proyecto político de la ciudad transparente es una estructura argumental que imbrica razones de economía política, historia y milenarismo capitalista, que en el contexto madrileño se ajustan a lo que Susan Larson ha llamado el “desencanto post-*movida*” (Larson 399). Estas son expresadas, respectivamente, por proyectos hipotecarios de adquisición de vivienda; reflexiones historicistas sobre el pasado de España, con especial referencia a la guerra civil y el periodo franquista; y teorías conspirativas en torno a la categoría y prestigio del estamento político. La espectralidad se hace aquí presente en la figura de una ciudad líquida, cuyos contornos mobiliarios tan pronto irrumpen como se desvanecen, y en todo caso a todo el mundo se le escapan. Entre su construcción y su destrucción, su producción y su consumo, la vida en la ciudad se vive a crédito, en condición hipotecaria. Tal horizonte prestatario nos recuerdo aquello que dice Žižek a propósito de la importancia de la noción “vivir a crédito”: vivimos a crédito cuando abrimos un espacio entre nosotros y nuestros proyectos; por tanto, cuando decidimos vivir “más allá” del modelo normativo (Žižek “The Parallax View” 126–127). La *polis* que permanece “en construcción”, sus relaciones sociales montadas unas sobre otras a partir de proyectos crediticios e hipotecarios, tal imaginación de la vida política se levanta sobre la posibilidad misma del pensamiento crítico. Como agudamente observó uno de los lectores anónimos de este artículo, quizás sea este momento crediticio el que, siguiendo a Carl Schmitt (Schmitt), ofrezca el contrapunto a la aceleración apocalíptica: el *katechon*, o momento de suspensión temporal. En las palabras de nuestro lector: “El futuro [en forma de hipoteca] es un bien muy caro, cuando todo lo que se nos muestra como salida normativa tiene una estructura apocalíptica . . . más que una vivienda, se compra tiempo, o por decirlo mejor, fe en la continuidad del tiempo.”

La etnografía recoge y expresa con especial nitidez esta tensión entre aceleración conspirativa y abstracción temporal cuando la gente habla y conversa sobre el imaginario y geografía urbana de las ciudades. Es la ciudad, con sus contornos maleables y móviles, arterias y avenidas que se desplazan, obras y proyectos de construcción, y su economía hipotecaria, la que recoge y organiza el horizonte político, dando forma al pensamiento crítico de sus habitantes.

Jueves, 25 de mayo de 2006

Son las ocho de la tarde y estoy esperando a Alejandro frente a El Corte Inglés de la Calle Preciados. Me ha llamado esta tarde desde el trabajo. Estaba un poco harto y quería darse una vuelta después del trabajo: dar un paseo, tomar una

cerveza y charlar un rato. Llega diez minutos tarde, vestido de traje, sin corbata, con aire desenvuelto. Decidimos ir a la Plaza de Santa Ana, a la terraza. Hace mucho calor, el calor seco y agotador del Madrid veraniego. Santa Ana está rebosante de turistas. Encontramos mesa en una de los varios kioscos de la plaza. Pedimos dos cervezas. Le pregunto a Alejandro por el trabajo: bien, bien, me dice. "Bueno, como siempre. Hasta las bolas, pero no hay nada de nuevo en eso. Estoy más agobiado por la casa. He hablado con Luisa [su mujer] y por fin hemos decidido ponerla en venta. Menos mal. No veía el día en que eso ocurriera." Y dónde os vais a ir a vivir, pregunto. "Ya veremos. No tengo prisa. Primero quiero saber cómo está el mercado. Es mal momento: mercado de compradores. Pero ya sabes que nosotros vamos a salir ganando de todos modos. El problema es que la M-30 está patas arriba y a ver quién se viene a vivir a nuestra zona ahora. Cuando las obras estén terminadas, genial, el barrio se recotizará. Pero ahora el cabrón de Gallardón [el alcalde de Madrid] tiene la ciudad destripada; ¡es que no hay una calle de todo Madrid que no esté en obras! Con la excusa de preparar la ciudad para los juegos olímpicos [del 2012, candidatura que al final fue a parar a Londres], el Gallardón ha colocado concesiones a todos sus amigos constructores. No hay distrito de Madrid que no haya sufrido una recalificación urbana. Todos cobrando comisiones, disparando los precios: del suelo, de las obras, de los pisos. Y aquí como si no pasara nada. Es que España es increíble. Parece Marbella: todo el mundo mangonea. Igualito que el trapicheo costero en la España de Franco."

Alejando trabaja en un banco. Terminó sus estudios de económicas en Londres. Trabajó allí durante cinco años y al poco de conocer a Luisa se vinieron ámbos a vivir a Madrid. Hace cuatro años compraron una casa. Al fallecer la madre de una amiga de la familia oyeron decir que el piso en el cual vivió la anciana se iba a poner en venta. La casa está en el sur de Madrid, en un distrito considerado periférico en la geografía urbana de la ciudad. Pero el piso es muy grande, y aunque necesitaba una obra importante para poder entrar a vivir, Alejandro y Luisa vieron, con buen ojo inversor, que la compra merecía la pena. Efectivamente, cuatro años después, la casa se ha revalorizado un 200%. Es un caso inusual, pero no deja de ser representativo de la locura inmobiliaria que ha invadido la ciudad, y del cual todo el mundo habla, a todas horas.

Alejandro observa que la revalorización del sector sur de Madrid está ligada a las obras de la M-30, la primera autopista de circunvalación de Madrid. Las obras han sido motivo de disputa y polémica continua desde que comenzaron hace dos años. En muchos medios, y Alejandro se hace eco de estas opiniones, se critica al alcalde su política de revolución inmobiliaria: todo Madrid, dice Alejandro, está patas arriba. Alejandro no tiene dudas de que el alcalde obra por motivos interesados: las concesiones urbanísticas se ofrecen a amistades; se cobran comisiones; se trafica en dinero negro. La especulación y el desfaldo urbanístico que padece Madrid hoy en día, señala Alejandro, en nada se distingue de la que caracterizó a la costa mediterránea en la época franquista.

Los vínculos dibujados por Alejandro, entre el estamento político (el alcalde Gallardón) y el sector de la construcción, entre el presente urbanístico de Madrid y la urbanización franquista de la costa mediterránea, se robustecen, y adquieren nuevas

dimensiones conspirativas, en la transcripción de la siguiente conversación en el contexto de un banquete de boda:

Valencia, 10 de junio de 2006. Boda de Patricia y Marcus

Juan (a Elena): Entonces vosotros vivís en Valencia, ¿no?

Elena: Sí.

Juan: ¿Y cómo están los pisos aquí?

Nacho (el marido de Elena): Caros; han subido un montón.

Juan: Pero no como en Madrid.

Nacho: No, claro, no como en Madrid.

Juan: Digamos un piso bien, en buena zona: tipo Barrio de Salamanca; céntrico pero elegante.

Nacho: Buff, no sé, pongamos que unos 70 millones (420,000 euros) por algo que ronde los 80–90 m².

Juan: ¡Joder, eso es carísimo! Como Madrid . . .

Elena: Bueno, es que Valencia, ahora con el tema de la Copa América, se ha puesto de moda.

Ricardo: Vamos, como Madrid con las olimpiadas. O sea que aquí también tenéis gobierno del PP [Partido Popular], ¿no? [Risas colectivas] Es que hay que joderse con los pepinos [nombre despectivo con el que se conoce a los partidarios o miembros del PP]: no desaprovechan una sola ocasión.

Luis: Como los del PSOE, son todos iguales. Es un círculo vicioso: ellos recalifican los terrenos, dan las concesiones, construyen la vivienda y te facilitan la hipoteca. Da igual que sean de izquierdas que de derechas . . .

Ricardo: Pues no es broma. Los bancos y las constructoras ya se sabe que son una misma cosa. Y las Cajas de Ahorro son auténticos nidos políticos. Con eso de que son organismo regionales están las comunidades autónomas metidas de lleno. Como hace cuarenta años: caciquismo puro.

Ambas viñetas ilustran el modo en que mis informadores dan razón del mercado inmobiliario en España en términos que co-implican, y complican, argumentos conspirativos y la memoria del franquismo. Economía, política, conspiración y memoria histórica quedan entrelazados en una curiosa representación de los movimientos del mercado hipotecario. La siguiente viñeta delinea esta configuración de manera especialmente clara, resaltando el papel de la reflexión historicista en la imaginación política del presente:

Sábado, 23 de septiembre de 2006

He quedado con Luna para acompañarla a ver pisos, pues está pensando en comprarse un piso en el barrio de Tribunal-Noviciado-Callao. Luna abrió una “cuenta vivienda” hace cuatro años y ahora en diciembre se le acaba el plazo de

ahorro de la cuenta. Las cuentas vivienda son un modelo de cuentas de ahorro bancarias que llevan ventajas fiscales. El gobierno y los bancos, para favorecer el acceso al mercado inmobiliario de la gente joven, crearon esta modalidad de ahorro con la finalidad de permitir a los impositores ahorrar y desgravar al mismo tiempo. Si en el plazo de cuatro años el impositor no se compra una vivienda, deberá devolver a Hacienda todo el importe desgravado. "Aquí salen todos ganando—los bancos, las constructoras, los ayuntamientos", me suele decir Luna a propósito de las cuentas viviendas, "menos la gente joven que quiere comprarse un piso: unos se quedan tu dinero, lo revalorizan, y te lo devuelven para que lo uses sólo si el mercado todavía les beneficia a ellos."

Quedamos en la puerta del Teatro Alfíl. Las calles están llenas de anuncios de venta y alquiler de pisos. Algunos anuncios son de agencias inmobiliarias, que gestionan la venta o el alquiler en nombre de sus propietarios; muchos otros son de particulares. En el centro de Madrid apenas hay un inmueble que no tenga uno o más pisos en venta. Muchas personas dicen que esto es indicativo de que nos encontramos en un "mercado de compradores": hay más necesidad de vender pisos que de comprarlos, de ahí que sean los compradores quienes tienen mayor poder de mercado.

Luna quiere venirse a vivir al "barrio" ya que tiene algunas amistades que viven por aquí y le gusta la zona. "No hace mucho," me dice, "las calles del Barco, Valverde, Corredera Baja, eran refugio de drogadictos y prostitutas. Tal vez no fuera peligroso pasear por estas calles, pero ciertamente no era agradable. Ahora han cambiado mucho las cosas. La Calle Fuencarral se ha convertido en el centro comercial alternativo de Madrid, un poco como Camden en Londres. De hecho, Chueca [otro barrio de Madrid, colindante con la calle Fuencarral, conocido como el barrio gay] se ha puesto carísimo: hay muchísimos restaurantes, bares, tiendas alternativas. Comprarse un piso en Chueca hoy te puede costar tanto o más que comprarlo en el barrio de Salamanca [tradicionalmente, el barrio 'elegante' de Madrid]."

Hace unos días vi por la televisión la noticia de un asesinato en la Plaza de Santa María Soledad Torres Acosta, en el corazón mismo del barrio donde Luna quiere comprarse un piso. Se lo digo a Luna. Me responde que sí, que ya tenía noticia del suceso. "He dicho que el barrio no es lo que era; pero sí, es cierto que todavía hay algunas partes un poco turbias. Tanto las putas como los camellos [vendedores de droga] se han trasladado un par de calles más arriba, por [la calle del] Desengaño y por ahí. Ahora están más concentrados y, hasta cierto punto, imagino más controlados por la policía. Jesús y Pedro [dos amigos, que viven ya en el barrio] me han dicho que los vecinos del barrio han organizado una cacerolada, y que salen dos veces por semana—martes y jueves— a la calle a protestar contra las drogas. Cada día se suman más y ya han atraído la atención de la prensa y la televisión. Hasta no hace mucho, la policía no hacía ni caso. A saber a qué intereses respondían. Como éste se supone que es un barrio gay y progre [progresista] y el Gallardón [el alcalde de Madrid] es de derechas pues pasaban del barrio. Pero a raíz del asesinato en la plaza Torres Acosta y la llegada de las

cámaras de televisión, las cosas han cambiado.” Le pregunto que quiere decir con eso de que éste es un barrio “progre”. “Bueno,” contesta, “un barrio tranquilo, de gente joven, con buen rollo; gente un poco más bohemia, si quieres. Aquí se hace vida de barrio de toda la vida: tu panadería, tu kiosco de prensa, tu aperitivo en el bar todos los fines de semana. En La Moraleja o Las Rozas [urbanizaciones en el extrarradio de Madrid] sería impensable que la gente se movilizara para salir a la calle a protestar. Allí les dan todo hecho; aquí es todo mucho más vivo y divertido, hay mucho callejeo, como en el Madrid republicano, ‘sacar la cultura a la calle . . .’”

El eco republicano no siempre es reconocido como tal, o no siempre articula un vínculo explícito con la historia y memoria de la guerra civil y el franquismo. Del 23 de junio al 2 de julio de 2006, por ejemplo, se celebró en Madrid la semana del orgullo gay. Aunque algunas actividades (conciertos, festivales de ocio y cultura) se organizaron en la Casa de Campo (un parque municipal a las afueras de Madrid), la mayor parte de los eventos tuvieron lugar en el barrio de Chueca, conocido como el barrio gay de Madrid. Aquí se celebraron la gran manifestación del “Orgullo GLBT”, el día 1 de julio, que el año anterior había movilizado a más de un millón de personas (www.orgullogay.com); fiestas de noche, con temáticas fetiches, de morbo y sexo, en la calle y en locales; y mercados y actividades callejeras. La manifestación del día 1 de julio partió de la Puerta de Alcalá y bajó por la Gran Vía hasta la Plaza de España, a poco metros de mi casa, en el barrio de Noviciado. Por la noche, la manifestación ya terminada, recibí una llamada de teléfono de Alfredo. Me llamaba para decirme que estaba por mi barrio; había venido con su novia, Eliana, a ver la manifestación. Quedamos a tomar una cerveza. Hablamos sobre el barrio, su “modernidad”, política . . .

Alfredo: Que divertido tu barrio; hay buen ambiente.

Alberto: Sí, bueno, no siempre es así [dando a entender que no siempre hay la algarabía y el movimiento de gente producido por la manifestación].

Alfredo: Imagino. Pero mola. No sé si para vivir, pero está bien.

Alberto: A mí me gusta; es tranquilo y está cerca de todo.

Eliana: Cerca de teatros y cines, sí; pero no hay parques, no hay espacios abiertos, y a mí, además, me sigue pareciendo poco seguro; no me parece un buen sitio para tener hijos.

Alberto: Depende. No es como la Moraleja o las Tablas [urbanizaciones residenciales en la periferia de Madrid], claro; aquí no hay piscinas con jardín, y es verdad que si bajas con niños a la calle hay que ser prudente: no se pueden poner a jugar al fútbol en cualquier lado. Pero hay otro tipo de espacios: la plaza Torres Acosta, por ejemplo, tiene un pequeño espacio de recreo infantil, con toboganes, columpios.

Eliana: No lo digo porque no haya plazas—aunque la plaza Torres Acosta es espantosa . . . Lo digo por el ambiente del barrio. Puede ser divertido para salir a tomar una copa. Pero a mí no me hace ninguna gracia que mis hijos zascandileen entre calles con tiendas de ropa sadomasoquista o centros de tatuajes. Llámame conservadora, pero para mí todo eso es muy “moderno”.

Alberto: Pero Eliana, todo los chavales llevan tatuajes hoy en día: vas a la playa y no hay chico o chica que no esté tatuado. Y tiendas "somasoquistas", como tú las llamas, sólo hay una.

Eliana: Me da igual cuántas tiendas haya. Seré conservadora; a lo mejor no soy suficientemente "liberal" y estoy chapada a la antigua. El caso es que yo aquí no vivía.

Alfredo: Son opciones distintas; a lo mejor tienen que ver con la edad o los planes de vida. Ésto [el barrio] está bien cuando eres joven y zascandileas: para salir de marcha y hacer tonterías [la insinuación aquí va referida a cierta promiscuidad sexual]. No creo que sea cuestión de política. Todos sabemos que la vida en la periferia es más tranquila y conservadora; que está prefabricada, con centros comerciales y parques de ocio. Pero en el fondo eso es lo que buscamos: es una vida más fácil, y da igual que seas de derechas o de izquierdas; uno se va a vivir a las Tablas porque allí la calidad de vida es más alta.

Alfredo trabaja en un despacho de abogados. Tiene 33 años. Estudió derecho en una universidad de Madrid pero al licenciarse marchó a Londres para hacer un master. Se especializó en derecho comunitario europeo y ahora lleva los asuntos del despacho en esta materia. Eliana trabaja en una empresa farmacéutica. Estudió empresariales en Madrid y nunca ha vivido fuera de España. Aunque ni Alfredo ni Eliana hacen referencia explícita a la ideología cultural de la Segunda República, los términos en que describen el barrio se hacen eco de la fantasía "modernista" de la memoria republicana. Alfredo subraya que la opción de comprarse una casa en el barrio no es una opción política: es cuestión de calidad de vida, dice.

Llaman la atención las distinciones que establecen Alfredo y Eliana: entre la periferia y el centro, los centros comerciales "prefabricados" y las "tiendas somasoquistas", la juventud liberal y la paternidad conservadora, la política y la calidad de vida. Son referentes todos que duplican lo que Nuria Cruz-Cámara ha llamado en el contexto madrileño, "el simulacro [hiperconsumista] desde el extrarradio" (Cruz-Cámara). Recuerdan las antinomias que generan lo que Slavoj Žižek ha dado en llamar "visión en paralaje" o "parallax view" (Žižek "The Parallax View"; para una exposición más completa, ver *The Parallax View* 2006): el espacio o lugar desde el cual una u otra posición aparecen como lo que son: abstracciones temporales, que se sustentan en sus opuestos para, precisamente, dar consistencia a la ficción de su separación. ¿Y qué es lo que tal ficción oculta? Žižek responde: la abstracción misma, o el auto-ocultamiento, de la economía política. Una última viñeta nos devuelve a la formación que esta economía política asume en el imaginario de mis informadores, donde la ciudad emerge como *terminus* mobiliario de un capitalismo milenarista.

Sábado, 14 de octubre de 2006

Oscar y Marta nos han invitado a su nueva casa a comer. Se mudaron hace diez días. La casa es de alquiler. Laura [mi novia] y yo les ayudamos con la mudanza, de ahí la invitación. La casa se encuentra en el centro-sur de Madrid. Es un ático

con vistas a la Casa de Campo, en un edificio de nueva construcción, con piscina y parque infantil privados. El edificio forma parte de un proyecto de regeneración urbano más amplio, que incluye la remodelación de la estación de trenes de Príncipe Pío y la apertura de una estación de metro en el barrio. El barrio de San Antonio de la Florida, uno de los barrios más populares de Madrid, ha visto, por tanto, cómo la regeneración urbana del distrito traía consigo toda una cascada de beneficios económicos.

Oscar y Marta decidieron no hace mucho irse a vivir juntos. Tras unos meses compartiendo un pequeño estudio en el barrio de Bilbao se pusieron a buscar piso, preferiblemente un ático, con un límite de 1300 euros al mes. Después de no poco buscar, y no pocas dificultades financieras, como veremos, encontraron éste. A la comida están también invitados Bernardo, amigo de Oscar de toda la vida, y María, su novia. Vienen también Susana, amiga de Marta, y Belén, amiga de Laura. Susana acaba de cambiar de trabajo y se ha mudado a casa de su madre, pues le queda más cerca del trabajo. Belén vive en casa de su abuela, en Aluche, a las afueras de Madrid, aunque está pensando en alquilar un piso en el centro.

Marta: A mí no me gusta la comunidad [el edificio], con su piscinita privada y conserje, y críos corriendo y gritando por todos lados. Pero qué quieres que te diga, el ático es chulísimo. Te sales a la terraza y te olvidas de todo.

Oscar: De todos modos, aquí todavía hay vida de barrio. Hay un montón de bares y cafeterías de toda la vida, donde comes de puta madre por ocho euros. Está, por ejemplo, la Casa Mingo [un restaurante], donde se come un pollo con sidra cojonudo.

Bernardo: Es verdad, Casa Mingo está muy bien, la recuerdo de la época del Colegio Mayor [una residencia universitaria; Bernardo se refiere a sus años de universitario]. Y lo que está muy bien también es la verbena de San Antonio, que pillá aquí al lado.

Oscar: Pues eso, un barrio de Madrid de toda la vida. Vamos, que aquí el que en su día compró un piso de éstos se ha hecho de oro. De la noche a la mañana esto ha pasado de ser una barriada a ser la urbanización más céntrica de Madrid. Nos decía la propietaria del piso que pagó por él 38 millones de pesetas hace cuatro años; ahora se deben de estar vendiendo por 70 [420,000 euros], sino más.

Belén: Qué barbaridad, qué locura.

Marta: Ya ves. Una locura, sin duda. Y la gente se comporta como tal. Anda que no nos dio problemas la paranoica de la propietaria . . .

Belén: ¿Qué pasó?

Marta: Nos tuvo encandilados una semana o más con el contrato, empecinada en mantener unas condiciones ridículas. Quería un aval indefinido. ¡Indefinido! ¿Te lo puedes creer? Menos mal que Oscar se lleva bien con la gente de su banco. Tuvimos que depositar el dinero de un año de contrato en el banco. Y lo del tiempo “indefinido”, menuda paranoia; pero sí resulta imposible avalar una cantidad “indefinidamente”. No existe tal aval como figura mercantil. Pues nada, la loca ésta, erre que erre con su aval indefinido. Hasta que su marido debió de interferir y decirle que no se ofusara, que con un aval por cinco años—que no

deja de ser el máximo que permite la ley para la renovación del alquiler— bastaba.

Oscar: La verdad es que los bancos son la polla: te avalan sólo si les das el dinero primero . . .

Bernardo: Al final aquí nadie corre riesgos menos nosotros, los que tenemos que pagar la casa. Y además subvencionamos a todo el mundo. Como el hijo de puta ese del Porta [director general de urbanismo de la Comunidad de Madrid, que dimitió en septiembre de 2006 tras acusaciones de corrupción]. ¿Cómo es posible que el director de urbanismo, ¡el director de urbanismo!, de la Comunidad de Madrid compre unos terrenos rurales por 80,000 euros y, una vez en la administración, los recalifique como urbanos, se tasen en 4,400,000 euros, y los venda, dando un pelotazo de más cuatro millones de euros? ¿Qué políticos son éstos?

Susana: Ya no hay clase política. La gente de nuestra edad que está en política hoy en día no tiene ni idea de qué significa estar en la calle, con la gente. Son chavales que se han formado dentro del partido: que ha aprendido a pelear y hacerse un hueco en la orgánica del partido; pero no saben lo que es escuchar, zapatearse las calles. Te podrán gustar o no, pero los Felipe González, Alfonso Guerra, Roca y compañía se curtieron en la transición, incluso durante el franquismo. Esta gente no se andaba con chiquilladas, como ahora: las juventudes de los partidos de hoy sólo saben dar patadas y empujarse unos a otros, lamerle el culo a los jefes a ver quién figura más.

En esta viñeta, como en las anteriores, vemos a Oscar y sus amistades tejer una imagen de la ciudad como proceso político "en construcción". La ciudad, en este relato, cobra vida política a través de una suerte de imaginario inmobiliario: de arterias urbanas que crecen y conmocionan el tráfico y los desplazamientos al trabajo; del desprestigio de la clase política, debido a la corrupción urbana; de tiendas sadomasoquistas y parques infantiles, que nos invitan a habitar la periferia o el centro; de avales bancarios y cuentas vivienda, que limitan y circunscriben nuestros proyectos hipotecarios y, por tanto, los lugares que imaginamos para habitar la ciudad. Y todo ello atravesado por una economía política de escala monumental que a su vez, sin embargo, pende de un hilo: de un aval, de un préstamo, de un alquiler, de los plazos de la hipoteca, del vacío mismo sobre el que se abren y levantarán nuevas edificaciones y construcciones.

Conclusión

¿Qué significa vivir en democracia? ¿Cómo se *construye* la convivencia democrática? Cornelius Castoriadis escribió que la democracia es la única forma de gobierno que se auto-limita y, por tanto, se auto-instituye. Para Castoriadis, la democracia es un "régimen trágico", pues todo él depende de su auto-regeneración: la auténtica democracia vive de una revisión continua de sus principios de convivencia, revisión en la cual debiéramos de participar todos. De ahí la tragedia, porque cada instante

regenerativo nos empuja a nuestros límites, invitándonos a caer en el abismo, o a mantener la convivencia (Castoriadis “¿Qué democracia?” 150–151).

Frente al habitante de la *polis* se abre entonces, en su versión hacia el abismo, un espacio de suspensión política, un intersticio de posibilidades y futuribles, en el que la ciudad se reinventa y regenera como proyecto, o se derrumba, cae “en ruinas”, arrastrada por la arrogancia y la violencia, por la *hubris* (Castoriadis “Antropogenia” 25). Este horizonte de posibilidades asume en la etnografía, como hemos visto, una expresión crediticia: la política de la ciudad se resucita a través de relaciones y proyecciones hipotecarias. En este sentido, la etnografía nos ha mostrado cómo la imaginación política en Madrid se establece y ordena en torno a una suerte de *razón hipotecaria*: un conjunto de razones y argumentos que dan fe de las relaciones políticas y sociales en torno a las cuales Madrid aparece como una comunidad de convivencia y ciudadanía “en construcción”. El proceso constructivo e hipotecario se manifiesta a su vez como evento limítrofe, vertido todo él hacia un abismo potencialmente auto-destructivo, desde el cual la ciudad no cesa de regenerarse: reciclando, recalificando, re-sobornando, corrompiendo y reconstruyendo sus paisajes y límites urbanos.

En este artículo he repasado algunos aspectos del imaginario que da vida al paisaje político de Madrid al día de hoy. En particular, me he centrado en el tipo de representación política que surge al interior de la sociedad hipotecaria. Y lo que nos hemos encontrado ha sido una imagen de la urbe como escenario político–económico “en ruinas”, tanto metafórica como literalmente: la ciudad como imagen de la violencia y la arrogancia política. En la etnografía la ciudad se convierte en un gigantesco escenario político, cuyo entramado mismo se erige, construye y confunde con el paisaje inmobiliario de la urbe. A su vez, este mismo proceso de construcción es el que nos revela el apocalipsis en el que estamos, en todo momento, instalados. La política misma es apocalipsis, pues la ciudad no hace otra cosa que esconderse, auto-ocultarse, encubrirse, re-construirse. Vivimos en una sociedad hipotecaria en la cual la ciudad acoge nuestros proyectos y aspiraciones de vivienda escondiendo, en ese mismo gesto, su economía política. La economía política se desplaza, abre un hueco respecto de sí misma, a través de la imaginación crediticia, del impulso hipotecario. Y con tal apertura se despiertan nuestros fantasmas. El desvanecimiento de la ciudad nos ofrece así no tanto un ejemplo de las fuerzas *metapolíticas* que configuran la geografía de la urbe globalizada (Flint) como una semblanza de su esquizofrenia, de su desdoblamiento interior, de la ciudad como *polis* ensombrecida—una *esquiazopolítica* (etim. *Skiazo*, sombra).

Dibujados así los contornos de la sociedad hipotecaria, donde *polis* y apocalipsis se confunden y complementan, queda entonces por dilucidar si acaso en esta descripción de la vida e imaginación urbana “a crédito”, y en la condición ruinosa y prestataria de la política, no hallaremos, quizás, nuevas bases sobre las que reconstruir (¿rehipotecar?) el proyecto crítico de la teoría política contemporánea.

Agradecimientos

Mis más sinceros agradecimientos a Jon Beasley-Murray y Paulo Drinot, que leyeron una primera versión de este artículo y me ayudaron a enfocar mejor su argumento. El

texto final se ha beneficiado también considerablemente de la lectura crítica de los dos lectores anónimos del JSCS.

Obras citadas

- Bull, Malcolm. *Seeing Things Hidden Apocalypse, Vision, and Totality*. London: Verso, 1999.
- Castoriadis, Cornelius. "Antropogenia en Esquilo y autocreación del hombre en Sófocles." Trans. Jacques Algasi. *Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002 [1999]. 13–33.
- . "¿Qué democracia?" Trans. Jacques Algasi. *Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002 [1999]. 145–80.
- Corsín Jiménez, Alberto. "Changing Scales and the Scales of Change: Ethnography and Political Economy in Antofagasta, Chile." *Critique of Anthropology* 25.2 (2005): 157–76.
- Cruz-Cámara, Nuria. "El simulacro desde el extrarradio: Barrio de F. León De Aranoa." *Bulletin of Spanish Studies* 82.1 (2005): 59–73.
- Dean, Jodi. "Theorizing Conspiracy Theory." *Theory & Event* 4.3 (2000).
- Fernández, Santiago, and Lara de Mesa. "El sector inmobiliario de la Comunidad de Madrid: la prolongación del 'boom'." *Economistas* 100 (2004): 329–36.
- Flint, Colin. "Political Geography: Globalization, Metapolitical Geographies and Everyday Life." *Progress in Human Geography* 26.3 (2002): 391–400.
- Galindo Cueva, José Manuel. "El mercado inmobiliario en la Comunidad de Madrid." *Economistas* 95 (2003): 52–59.
- Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Trans. Thomas Burger and Frederick Lawrence. Cambridge: Polity Press, 1989.
- Herod, Andrew, and Melissa W. Wright, eds. *Geographies of Power: Placing Scale*. Oxford: Blackwell Publishing, 2002.
- Hofstadter, Richard. "The Paranoid Style in American Politics." *Harper's Magazine* November 1964: 77–86.
- Informe de coyuntura de la Comunidad de Madrid. Primer trimestre del 2007*. Madrid: Asprima, 2007.
- Koselleck, Reinhart. *Aceleración, prognosis y secularización*. Trans. Faustino Oncina Coves. Valencia: Pre-Textos, 2003 [2000].
- Larson, Susan. "Shifting Modern Identities in Madrid's Recent Urban Planning, Architecture and Narrative." *Cities* 20.6 (2003): 395–402.
- Marcus, George. "Introduction to the Volume: The Paranoid Style Now." *Paranoia within Reason: A Casebook on Conspiracy as Explanation*. Ed. George Marcus. Chicago: The University of Chicago Press, 1999. 1–11.
- McCann, Eugene J. "Framing Space and Time in the City: Urban Policy and the Politics of Spatial and Temporal Scale." *Journal of Urban Affairs* 25.2 (2003): 158–78.
- Nuevos paradigmas del sector inmobiliario español*. http://www.asprima.es/files/Informes/06-14_Cover_Estudio.pdf. Madrid: Asprima, 2007.
- Schmitt, Carl. *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del Ius Publicum Europaeum*. Trans. Dora Schilling. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1979.
- Thrift, Nigel. "It's the Little Things." *Geopolitical Traditions: A Century of Geopolitical Thought*. Ed. K. Dodds and D. Atkinson. London and New York: Routledge, 2000. 380–87.

- Trías, Eugenio. *La política y su sombra*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.
- . *La razón fronteriza*. Barcelona: Editorial Destino, 1999.
- Žižek, Slavoj. “The Parallax View.” *New Left Review* 25 (2004): 121–34.
- . *The Parallax View*. Cambridge, MA, and London: The MIT Press, 2006.